

EL PROGRAMA COMUNISTA

Sept. - Octubre
1973
Nº 10

Suplemento en español al Programa Comunista órgano del Partido Comunista Internacional

Milano Cas. Post. 962
P. ejemplar: 10 pts.
Abono anual 60 pts.

LO QUE DISTINGUE A NUESTRO PARTIDO es la línea que va de Marx-Lenin, a la lucha de la Izquierda Comunista contra la degeneración de Moscú a la no aceptación de los Frentes Populares y de los bloques de la Resistencia, la dura obra de restauración de la doctrina y del órgano revolucionarios, en contacto con la clase obrera, fuera, de el politicanismo personal y electoral.

continuación de "QUE FUE EL FRENTE POPULAR"

Del Frente Único al Gobierno Obrero

La Internacional Comunista creyó poder superar esta contradicción gracias a una audaz estrategia de Lenin. Puesto que la burguesía desencadenaba entonces una ofensiva internacional en gran escala contra las condiciones de vida y de trabajo de los obreros, era necesario saber utilizar esta circunstancia para desenmascarar frente a los obreros socialistas el oportunismo y la vileza de sus jefes. Se trataba de proponer a los dirigentes de la IIa. Internacional un FRENTE único contra el adversario burgués; de empeñarlos, tomando al pie de la letra sus reivindicaciones, a una lucha en la que los comunistas estarían en primera fila y en la que ellos, cómplices disfrazados del Capital, no podrían dejar de desertar y traicionar. Aplicada con perseverancia, esta táctica debía, según el cálculo de Lenin, atraer los obreros socialistas al comunismo.

Observemos de paso que esta táctica no tenía nada en común con la "unidad" que los actuales "comunistas" degenerados proponen por ejemplo a Guy Mollet en el terreno de la reconquista de la democracia, de la defensa de la patria y de la grandeza francesa. Lenin no tenía de ningún modo la intención de ALIARSE a un partido traidor al proletariado y a la revolución, sino de desbordar su movimiento revelando, en el curso de la lucha, la traición de los socialistas y el engañoso contenido de su programa. Pero tal maniobra, por genial que fuese, fracasó. Ella suponía una condición capital que, precisamente, faltaba: la extensión y la radicalización de las luchas obreras, puesto que solamente en el éxito y no en la derrota, los obreros toman conciencia de su vía de clase. Ella exigía además ser conducida por partidos comunistas fuertes, homogéneos

y solidamente templados; ahora bien, la mayor parte de ellos - el PCF en particular - no vió en el frente único más que el retorno a los buenos viejos métodos del socialismo de la preguerra. Por último, ella implicaba que se supiese limitar el frente único a las luchas reales por las reivindicaciones de clase, excluyendo todo compromiso electoral y parlamentario. Nuestra corriente, que estaba entonces a la cabeza del partido comunista de Italia, fué la única que la aplicó con el espíritu en el que había sido concebida. Y lo hizo por respeto escrupuloso de la disciplina comunista internacional, no sin haber indicado repetidas veces sus peligros.

Sus críticas y sus advertencias fueron desgraciadamente justificadas. De un frente de defensa "en la base" a una coalición electoral "en la cumbre", de la promiscuidad de los socialistas y los comunistas en el frente único a la integración en el PC de los elementos centristas de la IIIa. Internacional, no había más que un paso, que fué dado bien pronto. Rápidamente, la Internacional Comunista adoptó la consigna del "gobierno obrero", que no era más la dictadura del proletariado, sino un PODER PARLAMENTARIO DE COALICION.

Mientras tanto se habían aceptado en la Internacional Comunista, a pesar de las veintiún condiciones, fracciones enteras de la socialdemocracia que comprendían los más dudosos elementos. Con el oportunismo de su línea política así como con el reclutamiento inconsiderado a penas disfrazados, la organización proletaria internacional se desarmaba contra sus adversarios internos y externos, y se preparaba a sufrir el "viraje" stalinista del "socialismo en un solo país" que iniciaba el ciclo hoy cerrado que ha hecho de Rusia la segunda potencia imperialista y de los partidos comunistas los defensores del orden burgués al igual que sus compadres socialistas reformistas.

La adopción del frente único por parte de la Internacional Comunista se sitúa entre 1921 y 1922. A partir del año siguiente, las derrotas obreras en el terreno de la lucha armada se completan con las batallas políticas perdidas; el oportunismo y la confusión se desarrollan en la Internacional. En 1923 la revolución alemana es definitivamente vencida. La muerte de Lenin sobreviene en 1924, cuando postrado en su lecho de sufrimiento, toma dolorosamente conciencia de la existencia en el partido y en el Estado de posiciones contrarrevolucionarias cada vez más potentes. Aún si hubiera vivido

algunos años más, Lenin no hubiese podido (al igual que Trotzky que lo sobreviviò) destrozar la expresión política de las fuerzas ascendentes de la sociedad rusa, del nacionalismo, de la especulación, de la producción mercantil, en una palabra, del alma secreta de ese CAPITALISMO que hoy se muestra finalmente al descubierto. Las fuerzas sociales y económicas de este capitalismo podían triunfar contra el poder proletario surgido de la revolución de Octubre sólo si el capitalismo mundial derrotaba al proletariado europeo. Lenin no se cansaba de repetir que sin la victoria de la revolución alemana el comunismo no podía triunfar en Rusia. Lo que Lenin no había probablemente previsto, a pesar de que nuestra corriente hubiese denunciado el peligro en los congresos de la Internacional, era la FORMA que la contrarrevolución tomaría: no una intervención armada del imperialismo, sino la capitulación vergonzosa de toda la IIIa. Internacional y un retorno a la ideología de la socialdemocracia, que constituye aún hoy el fundamento de todos los FALSOS COMUNISMOS del de Krushev o de Kossiguyn como del de Mao Tse-Tung o de Tito.

El Antifacismo

Las etapas políticas que transformaron el OPORTUNISMO de la IIIa. Internacional en TRAICION a los intereses inmediatos e históricos del proletariado se pueden reconstruir hoy punto por punto. Nos hemos limitado a dar su trama más esquelética, que era necesario evocar para dar la demostración - que es el objeto de este trabajo - de que el FRENTE POPULAR, celebrado aún hoy como la "edad de oro" de las conquistas obreras, no es más que una etapa - y no de las menos vergonzosas - de esta traición.

Ya hemos escrito que la IIIa Internacional había cometido un grave error de táctica al proponer el FRENTE UNICO a los partidos de la IIa. Internacional. Este frente esfumaba las divergencias fundamentales entre los comunistas y los socialdemócratas; alentaba el oportunismo de los dirigentes centristas que vinieron a la Internacional Comunista por cálculo y no por convicción. En los Congresos de la Internacional, nuestra corriente que entonces dirigía el PC de Italia, había lanzado severas advertencias: si la lucha revolucionaria refluye, esta táctica del frente único será fatal al proletariado; la retirada se transformará en derrota, los parti-

dos comunistas se corromperàn del Interior. Y es lo que sucedió efectivamente, después de la derrota definitiva de la revolución alemana, cuando el stalinismo triunfó en la Internacional. Esta fase dramática, caracterizada en Rusia por la masacre o la deportación de los mejores bolchevique y, en los partidos comunistas de Europa Occidental, por la eliminación de todos los elementos revolucionarios, cambió el aspecto del movimiento comunista.

El frente único englobaba a los oportunistas de la socialdemocracia, pero no comportaba ninguna atenuación o revisión formal del comunismo. Por el contrario, el frente popular, que le sucedió unos diez años más tarde, ensanchaba la coalición hasta los radicales burgueses y no se proponía más la destrucción del estado capitalista sino su conservación bajo la etiqueta de "defensa de la democracia". A pesar de su conexión lógica, estas dos etapas están separadas por un viraje histórico, el del antifacismo, cuyo examen nos conduce directamente al centro de nuestro tema.

Contra la mayoría de la Internacional Comunista que veía en el facismo una especie de monstruoso retorno al pasado o más aún un fenómeno propio de algunos países solamente, nosotros lo considerábamos como la forma más desarrollada del capitalismo moderno. Contra toda la IIIa. Internacional que pensaba que un frente antifacista con todos los demócratas burgueses podría salvar al mismo tiempo la democracia parlamentaria y las posibilidades revolucionarias del proletariado, nosotros sosteníamos que era vano pretender detener la evolución política de la política constitucional de la sociedad burguesa y que, de todos modos, el solo hecho de luchar codo a codo con los pequeño-burgueses liberales por la defensa del parlamento sólo podía desviar al proletariado de su objetivo revolucionario.

No se puede negar que la historia haya dado una confirmación abrumadora de nuestras previsiones. Que las clases medias están dispuestas a abandonar sus bellos principios democráticos frente al ascenso del facismo, los acontecimientos de Alemania de 1933 lo prueban con abundancia: fué gracias a los votos de los pequeños-burgueses que Hitler pudo tomar el poder LEGALMENTE. Que el contenido económico y social del facismo se haya impuesto finalmente en todas partes, a pesar de la victoria del "bloque democrático" en la guerra de 1939-45, nos lo confirma ampliamente la evolución de

la estructura política moderna, con su registro de los ciudadanos, su desprecio de las "garantías democráticas", el control estatal, la integración del sindicato. la despolitización de las masas bajo los golpes de la estrepitosa propaganda televisada. Hasta Francia, hija primogénita de la democracia, a pesar de que no tuvo nunca que tener la borrasca revolucionaria que sacudió a los otros países de Europa, alcanzó tardía pero seguramente un sistema de "poder personal" y de "parlamento-apéndice" que no difiere del facismo más que por el hecho de haber triunfado sin efusión de sangre y en una situación en que la clase obrera se había vuelto amorfa por los virajes y las sucesivas capitulaciones de sus jefes. Si el advenimiento de la sociedad fascista no se ha realizado de un modo uniforme y simultáneo, es ante todo porque se ha impuesto primero en los países en que subsistía la amenaza revolucionaria, aún después de la represión de la revolución: en segundo lugar, porque ha tenido necesidad de la segunda guerra mundial para instaurar en todas partes.

Cada conflicto mundial ha acelerado el proceso de evolución totalitaria del capitalismo. Cada guerra ha reforzado el arbitrio policiaco y la violación de las "normas democráticas": lo que fué cierto para la primera carnicería imperialista, lo fué para la segunda, como lo fué aún más, por ejemplo, para la guerra de Argelia.

Al querer combatir el facismo sobre el terreno de la defensa de la democracia y sobre la base de una coalición con los partidos oportunistas y pequeño-burgueses, la Internacional Comunista cometió tres errores capitales. Ante todo un error de APRECIACION: allí donde Moscú creía ver un paso atrás había por el contrario el porvenir y la última palabra del capitalismo que, en su fase senil, tiende de más en más a traducir sobre el plano político y social el contenido totalitario que ya ha realizado en el plano económico. En segundo lugar un error de TACTICA: las clases medias, que han cesado de ser clases combativas desde hace tiempo, no pueden más que desalentar y desmoralizar al proletariado. La violencia, que niegan a la lucha de las clases oprimidas, son incapaces de utilizarla aún para defender sus propios intereses. Por último, un error de PRINCIPIO: adhiriendo a la defensa de la democracia, la Internacional Comunista no podía pretender volver más tarde a la lucha revolucionaria por la destrucción de esta misma democracia.

y, de hecho, no volvió NUNCA más. Estos errores no se pagan en seguida, sino veinte, treinta, cuarenta años después. En el curso de los años treinta parecía lógico a muchos que el partido del proletariado, frente a un peligro que algunos creían sin precedente, se aliase con las fuerzas sociales y los partidos igualmente amenazados por el fascismo. Frente a la ruina de las instituciones democráticas, que los Partidos comunistas querían utilizar, se encontró normal acallar sus principios intransigentes. Se pensó que ante todo era necesario salvar el marco jurídico y social, aparentemente más favorable a las agitaciones de clase. Y sin embargo, procediendo así, no sólo se erró en la apreciación de la verdadera naturaleza del peligro fascista, sino que se perdió hasta la noción de las tareas específicas del proletariado. Contra el fascismo, los comunistas de la época pretendían "salvar la democracia" no como régimen político ideal, sino porque pensaban que la república parlamentaria les dejaría luchar más fácilmente contra el capitalismo. Pero esta democracia se impone hoy a sus sucesores como meta final, como FIN EN SI. Más aún: mientras la democracia parlamentaria ha perdido todo contenido, la ironía de la historia quiere que los demócratas rezagados, en cuyas primeras filas figuran los PC nacionales, reivindiquen a su vez las concepciones que el fascismo había introducido en su tiempo: la GRANDEZA NACIONAL, el culto de la PRODUCCION, el gusto por el ESTADO FUERTE y ESTABLE.

A la ofensiva fascista, a la intervención violenta e ilegal de los comandos de camisas negras o pardas, no se podía dar en realidad más que una respuesta: la de la violencia proletaria, igualmente ilegal. Era la única posibilidad -si no de abatir inmediatamente las fuerzas políticas que debían mostrarse en definitiva más vulnerables que las del constitucionalismo hipócrita de las "democracias"- al menos de poder retomar la ofensiva obrera en los periodos tormentosos que debían seguir, y de avitar el abismo de impotencia y de división que es hoy la situación de las clases explotadas. Los "realistas" del oportunismo creyeron economizar las pérdidas, los sufrimientos y las represiones que comporta la lucha de clases: en realidad condenaron al proletariado y la humanidad a sufrir la IIa guerra mundial y ver "prosperar" un capitalismo que sólo se sobrevive al precio de un baño de sangre cotidiano.

Por lo demás, lo que el partido internacional del proletariado

era entonces sólo un ERROR, era ya un CALCULO para las fuerzas sociales ocultas que lo maniobraban.

Los fines últimos subordinados a la diplomacia nacional

Después del advenimiento de Stalin, la Internacional Comunista no obedeció más a los intereses generales de la clase obrera sino que abrazaba los intereses y las ambiciones NACIONALES RUSAS. Los motivos cínicos que los hombres de Pekin denuncian hoy en sus compadres rusos comenzaron en realidad a manifestarse hace más de treinta años, y la segunda guerra mundial debía precipitar su confirmación. Desde el momento en que la presión del proletariado era canalizada desde Moscú hacia la vía constitucional, desde el momento en que Rusia dejaba de ser el bastión avanzado de la revolución para transformarse en un ESTADO NACIONAL obrando en defensa de sus intereses, de su producción, de su seguridad, el antagonismo fundamental de la sociedad burguesa entre proletariado y burguesía debía necesariamente ceder el paso a los antagonismos interimperialistas. En los países vencidos, en particular, la burguesía no podía dejar de intentar, en algún momento, romper por la fuerza el círculo de asfixia económica en que las había encerrado la paz incoherente de Versalles. Desde entonces la guerra era previsible, fatal: estaba allí. La guerra -que era imposible mientras la Internacional Comunista constituía la punta de lanza del proletariado revolucionario- se volvía inminente apenas la U.R.S.S., enrolada bajo la bandera del "socialismo en un sólo país", no se preocupaba más que de elegir el MEJOR BLOQUE en el conflicto que maduraba. Sin embargo, para que estallase el segundo conflicto imperialista, era aún necesario obtener la adhesión del proletariado: fue ESTA la obra del antifacismo.

Más arriba hemos visto cómo las fuerzas NACIONALES de la economía rusa, actuando a través de Stalin y sus cómplices, habían logrado liquidar la perspectiva internacionalista de Lenin para proceder a la construcción, no del socialismo, sino del capitalismo ruso. Contemporáneamente la Internacional Comunista se deshacía de toda oposición de izquierda (trotskista y no trotskista) y se alistaba bajo la célebre fórmula de Bujarin: "Actuar en todas par-

tes y siempre PARA EL BIEN DE LOS INTERESES DE LA DIPLOMACIA RUSA".

A partir de 1929, la política de los partidos comunistas sigue en bloque este único fin. En los países cuyos gobiernos manifiestan alguna veleidad de acuerdo con la U.R.S.S., los comunistas disminuirán radicalmente su agitación social, aunque ello deba romper vastos movimientos reivindicativos. En los otros países, al contrario, lanzan ofensivas desconsideradas, aunque diezmen así la vanguardia obrera y arruinen los efectivos del partido.

Según su historia oficial, el Partido Comunista Francés habría luchado desde el primer día contra el fascismo. Nada es más inexacto. No ha habido en realidad lucha PROLETARIA bajo la bandera del antifascismo. El antifascismo fue diplomacia y guerra entre los Estados, patriotismo y unión sagrada, NUNCA LUCHA DE CLASE. Si es muy cierto que en Italia, en 1922, los obreros se defendieron fábrica por fábrica, ciudad por ciudad, contra los comandos fascistas apoyados por la policía, el ejército y hasta por la marina del Estado burgués, esta lucha se desarrolló bajo la bandera de la revolución y del comunismo y no bajo la bandera del constitucionalismo y del parlamento. Pero en Alemania, diez años más tarde, cuando hubiera sido necesario oponer a los camisas pardas la huelga general, única ARMA DE CLASE del proletariado, el PC alemán presentó su líder Thaelmann a las ELECCIONES para la presidencia del Reich, Renunciaba así a la respuesta armada y ratificaba en principio la elección DEMOCRÁTICA de los pequeño-burgueses fascitizados que dieron naturalmente el poder a Hindenburg y a Hitler.

No, no ha habido, en el arco histórico del antifascismo, páginas heroicas escritas en nombre de la revolución proletaria y del comunismo. El antifascismo tuvo heroísmo para vender, con sus fusilados, sus partisanos, sus deportados, su carne de cañón lanzada en los mataderos del Pacífico, de Stalingrado o de Normandía, pero fue un heroísmo NACIONAL, PATRIÓTICO... un heroísmo burgués, aunque si los que caían era sobre todo obreros. Basta con la crónica de entonces para hacer justicia a un pretendido antifascismo comunista y proletario. Hitler tomó el poder en 1933, pero el Estado ruso, el Estado que enarbolaba todavía la bandera de Lenin y los bolcheviques, conservó frente a él la diplomacia benévola que había testificado a la difunta república de Weimar.

Moscú encontró incluso su provecho en la reorganización política y en la centralización económica emprendidas por el nuevo Reich: el sistema nazi, controlado estrechamente por las altas finanzas, aceleró la liquidación de las deudas contraídas con Rusia por la industria alemana, cuyo pago permanecía hasta entonces suspendido. Mientras los PC de todos los países aullaban contra el racismo hitlerista, su "casa matriz" de Moscú continuaba las "buenas relaciones" con los verdugos que fusilaban a los comunistas alemanes.

La política rusa con relación al Reich cambió solamente en 1935, y no por motivos ideológicos y sociales sino pura y simplemente por razones de DIPLOMACIA nacional. Mientras tanto la U.R.S.S. había sido aceptada en la Sociedad de las Naciones, celebrando como una victoria la entrada en lo que Lenin definía como la CUEVA DE BANDIDOS del imperialismo. En Ginebra, alemanes y rusos mezclaban sus votos contra franceses, ingleses e italianos.

A la "seguridad colectiva" defendida por los países vencedores, ellos oponían un "desarme general" igualmente engañoso. Al igual que las polémicas actuales en la O.N.U. sobre la suspensión de las experiencias nucleares, las charlatanerías de la S.D.N. sólo servían para engañar a las masas y cubrir las sordidas tratativas entre los Estados. El "Pacto de los Cuatro", que Mussolini propuso a Francia, Inglaterra y a la Alemania Hitlerista, tuvo por efecto aislar a Rusia y poner término a las buenas relaciones entre Moscú y Berlín. Fue entonces que la diplomacia rusa pensó en acercarse a la "gran democracia francesa". El reaccionario Laval, jefe del gobierno francés, fue invitado a Moscú en mayo de 1935 para concluir allí un "pacto de asistencia" entre los dos países. Este hombre astuto se preocupaba poco de las cláusulas militares de un tratado cuya eficacia estaba subordinada a la aprobación de los miembros de la S.D.N. Lo que, por el contrario, le interesaba mucho más era la posibilidad eventual de hacer cesar, tratando con la U.R.S.S., la intensa campaña antimilitarista de los comunistas franceses. Laval acertó perfectamente en su cálculo, y el regateo se tradujo en el viraje más sensacional que un partido obrero haya jamás efectuado. Al pie del protocolo del acuerdo fue agregada a pedido suyo esta cínica frase de Stalin: "El Señor Stalin (sic) comprende y aprueba sin re-

servas la política de defensa nacional seguida por Francia para mantener sus fuerzas armadas al nivel de su seguridad." Era una invitación explícita a poner fin a las campañas de la HUMANITE, y fué escuchada. El mismo Thorez que, el 15 de marzo de 1935, declaró en la Cámara: "No, nosotros no permitiremos que se arrastre a la clase obrera a una guerra de defensa de la democracia contra el facismo", al año siguiente, en el momento de la ocupación de la orilla izquierda del Rhin por parte del ejército alemán, pronunció un discurso ultrapatriótico en el que invocó a Valmy, al "sol de Austerlitz" y a los "emigrados de Coblenza".

Al verdadero acta de nacimiento del partido comunista francés ACTUAL, patriota, chauvinista y jacobino, está allí. Este partido cuenta hoy todavía con algunos de los hombres que, en 1923, en el momento de la ocupación del Ruhr, incitaban a los proletarios franceses en uniforme militar a fraternizar con los obreros alemanes. Pero de este auténtico internacionalismo no queda ya nada, ni siquiera el recuerdo. Después de convertirse al patriotismo, sólo le quedaba adherir a la democracia y al "interés nacional". Lo hizo en el curso del período que analizamos a continuación: "el gran sol de junio de 1936" consagrará, con el Frente Popular, la integración sin posibilidad de retorno de este partido en el campo de los defensores de los valores burgueses, en el campo de la conservación social que desde entonces nunca abandonó.

El precio de la "victoria" de 1936

Hemos mostrado cómo la Tercera Internacional fundada por Lenin y los bolcheviques para destruir el Estado burgués llegó, después de la derrota de la revolución europea y el triunfo en Rusia de la política stalinista del "socialismo en un solo país", a defender el Estado y el parlamentarismo burgués, y a concluir con este objeto acuerdos políticos con la Internacional Socialista, la Internacional de los traidores, de los celosos sevidores del capital.

Esta orientación, que se abría paso desde hacia años a través

de los zig-zags y de los virajes políticos del "Movimiento comunista mundial" oficial, se impone definitivamente en el periodo que ahora abordamos, el del Frente Popular. En las consignas de Moscú, la dictadura del proletariado es substituida de aquí en adelante por la defensa de las instituciones republicanas, y el advenimiento del socialismo es subordinado a la salvaguardia y al "perfeccionamiento" de la democracia. En otro tiempo internacionalistas y antimilitaristas convencidos, los "comunistas" se transformarán en bravos patriotas y en partidarios encarnizados de la guerra llamada "antifacista".

* * * * *

La posición comunista en el seno del Frente Popular no era más que la conclusión lógica de la evolución cuyas grandes etapas hemos recorrido y sin embargo apareció en su momento como un viraje brutal y desconcertante. La razón de este cambio que a primera vista no parece clara, era en el fondo simple. Después del aniquilamiento del proletariado alemán, la reaparición de la crisis capitalista había vuelto inevitable la segunda guerra mundial. Habiendo abandonado toda perspectiva revolucionaria, la U.R.S.S. se preparaba buscando las mejores alianzas posibles. Transformada en servil instrumento de su diplomacia, la Internacional Comunista no podía más que adoptar una línea de acuerdo con esta política: en los países susceptibles de convertirse en aliados de Rusia, ordenó a los comunistas de poner fin a toda propaganda subversiva y sostener la política burguesa de "defensa nacional", es decir el esfuerzo militar del imperialismo nacional. En Francia, el PCF adoptó esta política al día siguiente del pacto de alianza franco-rusa de mayo de 1935. Quedaba aún hacérsela aceptar al proletariado francés, que estaba mal preparado para ello a causa de las tradiciones antimilitaristas que el mismo PCF había alentado hasta poco tiempo antes. Esta fué la obra del Frente Popular, que logró canalizar una vasta batalla obrera hacia una adhesión total a la política antifacista, creando así las condiciones de una alianza franco-rusa en la guerra futura. Si la ironía de la historia ha querido que esta alianza no funcionase en los primeros años del conflicto, esto no quita que el PCF haya trabajado eficazmente

para la preparación política e ideológica de la segunda guerra imperialista.

En efecto, la adhesión oficial del PCF a los valores patrióticos y nacionales que había combatido hasta entonces, se efectuó en el curso del gran movimiento reivindicativo de junio 1936, bajo la égida de una coalición electoral con la SFIO (Partido Socialista). De su adhesión entusiasta a la defensa del parlamento burgués nace la impostura ideológica según la cual el socialismo pasaría a través de la expansión de la democracia y no a través de su destrucción revolucionaria. Después de las huelgas con ocupación de las fábricas y de la victoria electoral del Frente Popular, fué descubierto, difundido e impuesto el pretexto que debía arrastrar la clase obrera a la segunda carnicería mundial: el antifascismo.

Sólo el PCF podía obtener este acondicionamiento del proletariado francés; sólo el PCF podía hacer de sus últimas reacciones de clase una moneda de cambio para obtener la admisión de la U.R.S.S. en el bloque imperialista occidental. Sólo él podía ofrecer a una coalición electoral el apoyo de las masas obreras de cuya confianza gozaba. Sólo él podía resolver la crisis de gobierno que reinaba en Francia y preparar una nueva unión nacional, condición indispensable al desencadenamiento y a la prosecución de toda guerra imperialista. El PCF procuró desempeñar todas estas tareas con un celo que hoy se complace en recordar para justificar sus pretensiones al título de "partido de gobierno": insulto libre de peligros para las tradiciones revolucionarias, desde el momento en que las generaciones obreras de ayer están casi extinguidas y las de hoy ignoran que el partido del difunto Thorez sólo ha ganado los ganones de los que se jacta traicionando la última batalla proletaria de la preguerra.

* * * * *

El advenimiento del Frente Popular fué el resultado de la conjunción de la crisis política de 1934 y de la crisis económica de 1936. Atestiguada por la inestabilidad de las mayorías parlamentarias y por la caída de los gobiernos cada cuarenta y ocho

horas, la crisis política testimoneaba la confusión de la burguesía francesa al salir de la gran crisis económica mundial de 1929. El estancamiento de la producción, y la desocupación que aparejaba, habían provocado la impopularidad del parlamento, la inquietud de las clases medias, el descontento de los obreros y las presiones patronales. Para resolver esta crisis se necesitaba alcanzar tres objetivos: reactivar la economía (dentro del marco del régimen burgués esto no podía realizarse más que adoptando la panacea universal de la producción de guerra, y después la de la guerra misma); rehabilitar al parlamento y tranquilizar a las clases medias (es por eso que el PCF se había acercado a estas últimas pactando con la SFIO, expresión clásica, desde 1914, de las posiciones de la pequeña burguesía en el seno del proletariado, y terminó por despojar su programa de toda referencia al comunismo y a la revolución, con el fin de conquistarla totalmente); satisfacer las reivindicaciones obreras (era la tarea más difícil, pero algunas migajas de "bienestar" podían ser arrancadas a los patronos y, para convencer a los obreros a limitarse a ellas, se tenía todo el peso y la autoridad de la C.G.T., la confederación general del trabajo francesa, en cuyo seno los comunistas se habían "reunificado" con los bonzos reformistas de Jouhaux).

A esta vasta empresa le faltaba solamente una bandera. Ahora bien, la de la lucha contra el facismo convenía al mismo tiempo para crear la psicología de la guerra, para restituir al parlamento sus atractivos y para ilusionar a los obreros, que en el facismo, real o no, veían siempre la terrible represión anti-proletaria de los Hitler y de los Mussolini. Sólo faltaba que un suceso político diese una apariencia de realidad a la amenaza facista en Francia: fué la dramática jornada del 6 de febrero de 1934.

Para comprender las consecuencias políticas de esta fatídica fecha, no hay que perder de vista las características tradicionales del movimiento obrero francés, la profunda influencia ejercida sobre él por toda la historia y la estructura del capitalismo en Francia. Un país donde el campesinado parcelario ha sido siempre la masa de maniobra del capital contra el proletariado; un capitalismo usurero y especulador; una dinastía de politicastros pequeño-burgueses periódicamente comprometida por los escándalos financieros; en fin, algunos nacionalistas fosilizados puestos allí, a la

extrema derecha, para recitar la parte de la vestal patriótica ofendida por las orgías de la corrupción parlamentaria: he allí el marco clásico en el que estalla la crisis política de febrero 1934, cuando altas personalidades radicales se encuentran comprometidas en el asunto de los cheques falsos del estafador Stavisky; cuando una manifestación antiparlamentaria de ex-combatientes nacionalistas en la plaza de la Concordia recibe una ráfaga de los guardias móviles y deja varios muertos sobre el terreno.

La vida política francesa ha conocido siempre minorías de "ultras" como la que manifestaba en la plaza de la Concordia. De Déroulède a Maurras, de las "Cruces de Fuego" a la O.A.S., siempre ha habido exaltados imbuidos de las tradiciones y de los "valores nacionales", de los que pretendían disputar el monopolio a los partidos "regularmente designados" para hacerle el juego al capital.

Tan miopes como impotentes, estos embrolladores no han sido nunca otra cosa que espantapájaros reaccionarios hábilmente utilizados por la burguesía "de izquierda" para atraer de nuevo bajo su férula a la pequeña burguesía y, tras ella, a los obreros. Es lo que se ha llamado el famoso "reflejo republicano", cuyo desencadenamiento siempre ha sido pagado muy caro por el proletariado. Ya después del caso Dreyfus, al comienzo del siglo, cuando un puñado de realistas y clericales se lanzó en manifestaciones intempestivas contra el presidente de la república, los obreros se reagruparon espontáneamente bajo la bandera de las "libertades amenazadas" y, bajo esta presión, en el movimiento socialista, la fracción auténticamente marxista debió fusionar de nuevo con toda la caralla oportunista y carrierista de la que se había anteriormente liberado. De esta fusión salió la SFIO parlamentaria y jauresista, que debía naufragar en la infame Unión sagrada de 1914.

La "amenaza facista" en 1934 no era más real que el "peligro monárquico" en 1902, pero la reacción de "defensa republicana" de los obreros tuvo consecuencias mucho más terribles: fué la desaparición del PCF en cuanto PARTIDO DISTINTO de todos los de las otras clases sociales, fué la disolución de la energía proletaria en el caos de la "voluntad de la Nación".

He aquí la deuda que paga todavía hoy el proletariado fran-

cés por haber sido movilizado contra un FANTASMA. Porque, en 1934, el facismo, en tanto reacción armada del gran capital, ya había terminado su obra, la de exterminar los cuadros proletarios en los países en los que la revolución comunista era más o menos una amenaza: lo que no fué, y no había sido jamás, el caso de Francia. En 1934 el simple facismo sólo podía ser el pretexto de la guerra imperialista, y el "facismo francés" una farsa grotesca: porque no existía en Francia un partido facista digno de ese nombre; porque un tal partido, sin el apoyo masivo de las clases medias está destinado a siniestras pero inútiles payasadas; porque las clases medias de este país no habían estado nunca al borde de la ruina como sus homólogos de Alemania y de Italia, y el marasmo económico francés no tenía comparación con la bancarrota de la otra orilla del Rin; porque el proletariado en Francia no había nunca amenazado el poder del capital y porque su partido comunista se había muy pronto transformado de nuevo en la agencia reformista y electoralista de la que había salido; en fin, porque las clases medias, no teniendo nada que temer de este partido y de este proletariado, temían mucho más la amenaza militar representada por Hitler de lo que podían admirar sus "méritos" contrarrevolucionarios.

El movimiento social del Frente Popular, que socialistas y comunistas coaligados pretendían limitar a una clásica coalición electoral, favoreció en 1936 el desencadenamiento de una serie de huelgas como el patronato francés jamás había conocido.

En efecto, la coalición SFIO-PCF hacía posible la reunificación sindical y ésta daba un carácter explosivo al descontento acumulado en 15 años de vejaciones patronales y de impotencia obrera. Pero este despertar cuyo catalizador había sido la coyuntura política, expresaba al mismo tiempo el asomarse a la vida política de la nueva generación proletaria entrada en la industria después de la guerra. Si la importancia numérica de este aflujo rompía los límites demasiado estrechos de las luchas anteriores a 1914, presentaba sin embargo un aspecto negativo -el de una inmadurez política que explica en parte la facilidad con que los oportunistas de las dos Internacionales pudieron encerrar esta llamarada reivindicativa en un programa marcado por el más sucio reformismo.

El mito de la "victoria" de junio de 1936 está fundado sobre

una serie de equívocos. Ante todo, las ventajas totalmente relativas obtenidas como consecuencia de las huelgas no fueron de ningún modo el fruto de la generosidad del gobierno del Frente Popular: ellas fueron literalmente ARRANCADAS, no sin que éste se esforzase en limitar al mínimo. Además, las "conquistas" sociales así realizadas fueron rápidamente anuladas tanto por el fracaso (previsible por otro lado) del programa de reformas pequeño-burguesas del gobierno, como por los sacrificios pedidos inmediatamente a los obreros en nombre de la "defensa nacional", es decir, de la preparación de la guerra imperialista. Por último, la intervención del Estado, si bien fué presentada entonces como una "gran victoria democrática", destruía los últimos baluartes de la resistencia obrera a la explotación y constituía un método característico del FACISMO que socialistas y comunistas pretendían combatir.

La gran oleada de huelgas de 1936 duró todo el mes de mayo incluyendo en Le Havre y en Tolosa, se extiende el 14 a la región parisina (donde se cuentan, el 28 de mayo, 100.000 huelguistas en el sector automovilístico), luego a casi todas las otras provincias alcanzando las más diversas categorías. Cuando, el 4 de junio, el patronato rompe las tratativas después de haber fingido aceptar las reivindicaciones planteadas, se produce una oleada gigante que abraza un total de cerca de dos millones de asalariados. Pero el gobierno del Frente Popular, dirigido por el socialista Blum y entrado en funciones el 2 de junio, lanza inmediatamente un llamado a la calma y al orden. Haciendo eco, la CGT, el PCF y la SFIO se declaran "decididos a mantener el orden y la disciplina" y ponen en guardia a los obreros contra las provocaciones de las "Cruces de Fuego". L'Humanité escribe: "Los que salen de la leganidad son los patrones, agentes de Hitler, que no quieren a ningún precio LA RECONCILIACION DE LOS FRANCESES Y EMPUJAN LOS OBREROS A LA HUELGA". La se delinea aquí la fórmula vil (que los "comunistas" convertidos en patriotas usarán más cínicamente todavía después de la liberación) que hace de la huelga, arma tradicional de los obreros, "un arma de los trusts". Ya se ve madurar, mientras la huelga está en plena efervescencia, la tesis insensata según la cual son los capitalistas los que sabotean su propia producción y al mismo tiempo "el interés nacional" (como si éste pudiese ser otra cosa que los intereses generales del Capital!) y

son los obreros los que deben defenderlos!

Así, desde junio de 1936, el PCF enuncia claramente qué significa para él el Frente Popular: LA RECONCILIACION DE LOS FRANCESES, la unidad nacional, "pasar la esponja sobre las disputas internas", la disciplina patriótica; resumidas cuentas, una política que permitirá al capitalismo conducir a término, sin muchas dificultades sociales, su segunda carnicería histórica. "Nosotros te tendemos la mano, católico, obrero, empleado, campesino -había ya dicho Thorez en la víspera de las elecciones- voluntario nacional, ex-combatiente CONVERTIDO EN CRUZ DE FUEGO, porque eres hijo del pueblo, PORQUE SUFRES COMO NOSOTROS DEL DESORDEN y de la corrupción...".

Este lenguaje tenía un significado que iba más allá de la liquidación de la lucha de clase: era el PRETEXTO ideológico que había permitido el abandono de la lucha de clase. No existen ya más ni "reaccionarios" ni "facistas", hay sólo buenos franceses. Inútil preguntarse qué puede hacer un partido obrero llegado a tal grado de bajeza! Su preocupación principal es que los obreros retomen el trabajo. No es todavía al pie de la letra el clínico "arremangaos" que formulará Thorez después de la liberación, pero ya es su espíritu. "Es necesario saber terminar una huelga -dice Thorez el 14 de junio- desde el momento en que las reivindicaciones están satisfechas... y llegar al compromiso para ahorrar nuestras fuerzas, pero sobre todo para no facilitar la campaña de pánico organizada por la reacción".

Esta es la prueba abrumadora, la prueba irrefutable de la CAPITULACION del comunismo degenerado frente al capitalismo. En su plataforma inicial, la Internacional Comunista preconiza el apoyo a las reivindicaciones obreras para que, a un cierto grado de su desarrollo, la agitación saliese del marco económico y provocase el DESORDEN, es decir, la crisis social que permitiría al proletariado organizado tomar el poder, ejercer su dictadura y destruir el infame orden burgués. Esto en 1920. En 1936, para los "comunistas" del señor Stalin, el "DESORDEN" sólo puede ser la obra de reaccionarios y facistas y se pide a los obreros sacrificar sus reivindicaciones inmediatas para defender el "orden" que los explota, que los tiene hambrientos y que mañana los mandará a la gran matanza patriótica. "No se trata de tomar el poder actual-

mente", , había dicho Thorez el 11 de junio. En efecto, NO SE TRATA DE TOMAR EL PODER, ni "actualmente", ni nunca más: cuando uno se limita a las competiciones electorales, cuando se afirma que existe un interés nacional por sobre las clases, es siempre a la burguesía que se abandona el poder. En 1936 el ciclo de la degeneración del comunismo moscovita está terminado. Le quedan todavía muchas infamias para realizar, antes y después de la disolución formal de la IIIa. Internacional, pero desde este momento está ya probado que nuestra corriente tenía razón cuando, a partir de 1920, advertía a toda la Internacional del hecho que, en caso de reflujo internacional del proletariado, la táctica del frente único le sería fatal.

En efecto, según Lenin el frente único debía desenmascarar la traición de los socialistas, arrancarles la masa obrera que ellos engañaban, llevar esta masa al terreno de la lucha armada por la dictadura del proletariado.

Siniestra caricatura del frente único, el frente popular RECONCILIABA AL CONTRARIO el PCF con los socialistas, marcaba la renuncia al poder revolucionario de los Soviets, salvaba la democracia capitalista, defendía el orden burgués.

A Blum, "gerente leal del capitalismo" sostenido por estos "comunistas" nuevo tipo, correspondió algunos años después revelar toda la verdad sobre el frente popular y sobre las huelgas de junio de 1936. Citado por Pétain como acusado al proceso de Riom después del armisticio de 1940, Blum dirá, dando la definición más concisa y brutal de la tarea contrarrevolucionaria que incumbe a un gobierno "obrero" que actúa en el marco de un Estado burgués: "Dejé, es cierto, ocupar las fábricas, pero conservé siempre el dominio de la calle". LA CALLE, es decir el lugar donde se libran las primeras escaramuzas contra las fuerzas del Estado burgués, el lugar donde se INICIA la lucha por la destrucción de este Estado, donde se decide el destino de toda agitación social masiva (en la calle y no en el recuento de los votos ganados en las elecciones!). Cada vez que el proletariado abandona este terreno de lucha - aunque sea paralizando por un cierto tiempo la producción capitalista- es irremediabilmente derrotado.

Las huelgas de 1936 se terminaron con los acuerdos de Mati-

gnon. Los obreros ganaron algunos aumentos de salario, la semana de 40 horas, las vacaciones pagas. Estos aumentos fueron rápidamente absorbidos por la devaluación de Blum, que capitulaba frente al "muro de dinero". Las 40 horas no duraron mucho más, rápidamente bafridas por las horas suplementarias necesarias a la DEFENSA NACIONAL. En cuanto a las vacaciones pagas, se volvieron también "vacaciones"... gratuitas de movilización. En este balance el "activo" es valorado demasiado rápido, mientras que el "pasivo" no ha sido todavía valorado totalmente. Inmediatamente se tuvo la desaparición de todo principio de clase en los partidos y en los sindicatos; los "comunistas" REVISABAN la crítica fundamental hecha por Lenin a la democracia parlamentaria, que la Internacional, aún después de haberse vuelto oportunista, había siempre considerado sólo como un MEDIO de agitación del proletariado.

Para ellos la democracia se convertía en el OBJETIVO supremo, no se distinguía ya más de los objetivos socialistas: es decir, la REVOLUCION era totalmente renegada.

El Frente Popular fué al mismo tiempo la preparación intensa de los obreros para la ideología de guerra, la resurrección del patriotismo y aún del chauvinismo, la destrucción de todos los esfuerzos hechos por Lenin para arrancar el proletariado de la influencia capitalista.

El Frente Popular debía morir en Francia su hermosa muerte en 1938, cuando el sucesor de Blum en el gobierno, el radical Deladier, lo denunció para reprimir a su gusto la huelga general proclamada por la C.G.T. contra sus "decretos-ley de miseria". Si la euforia de junio de 1936 debía reservar a los obreros días dramáticos, su movimiento no salió jamás de los límites del clásico reformismo de todas las coaliciones electorales populares, que en todas partes han sufrido siempre los mismo fracasos.

* * * * *

LEER E DIFUNDIR EL "PROGRAMA COMUNISTA"

* * * * *

DICTADURA PROLETARIA Y PARTIDO DE CLASE

Toda lucha de clase es una lucha política (Marx)

I

La lucha que se limita a obtener una distribución diversa de las ganancias económicas, en tanto no sea dirigida contra la estructura social de las relaciones de producción no es aún una lucha política.

El desbarajuste de las relaciones de producción propias de una época social y del dominio de una clase determinada es el desemboque de una lucha política prolongada y a menudo alterna, cuya clave es la cuestión del Estado, el problema: "¿quién tiene el poder?" (Lenin).

La lucha del proletariado moderno se manifiesta y se generaliza como lucha política con la formación y la actividad del partido de clase. La caracterización específica de éste partido reside en la siguiente tesis: el hecho del despliegue completo del sistema capitalista industrial y del poder de la burguesía, descendiente de las revoluciones liberales y democráticas, no sólo, no excluye históricamente, sino que prepara y agudiza cada vez más el desarrollo del contraste entre los intereses de clase en guerra civil, en lucha armada.

II

El partido comunista, definido por esta previsión y programa, en tanto que la burguesía conserva el poder absolve los siguientes deberes:

a) elabora y difunde la teoría del desarrollo social, de las leyes económicas que caracterizan el sistema actual de las relaciones productivas, de los conflictos de fuerzas de clase que de ello brotan, del Estado y de la revolución;

b) asegura la unidad y persistencia histórica de la organización proletaria. La unidad no es el agrupamiento material de

las capas obreras y semiobreras que soportan, por el hecho mismo del dominio de clase explotadora, la influencia de direcciones políticas y de métodos de acción disonantes, sino la estrecha ligazón internacional de las vanguardias plenamente orientadas sobre la línea revolucionaria integral. La persistencia es la reivindicación continua de la línea dialéctica sin roturas que la liga a posiciones de crítica y de batalla asumidas sucesivamente por el movimiento en la serie de las condiciones variables:

c) prepara ampliamente la movilización y la ofensiva de clase con el empleo armónico de cualquier posibilidad de propaganda de agitación y de acción en cada lucha particular desencadenada por los intereses inmediatos, culminando en la organización del aparato ilegal e insurreccional para la conquista del poder.

Cuando las condiciones generales y el grado de solidez organizativa, política y táctica del partido de clase llegan a hacer estallar la lucha general por el poder, el partido, que ha conducido en la guerra social a la clase revolucionaria victoriosa, la dirige igualmente en la tarea fundamental de quebrantar y demoler los órganos de defensa armada y de administración en general, de los cuales el Estado capitalista se compone. Esta demolición golpea así mismo a la red, cualquiera que sea ésta, de pretendida representación de las opiniones de los intereses corporativos a través de cuerpos de delegados. El Estado burgués de clase, embustera expresión interclasista de la mayoría de los ciudadanos, o dictadura más o menos confesa ejercida por un aparato de gobierno que se pretende revestido de una misión nacional racial o socialpopular, debe ser igualmente destruido; si esto no acontece, es la revolución la que queda aplastada.

III

En la fase histórica sucesiva a la dispersión del aparato de dominio capitalista, la tarea del partido político obrero sigue siendo igualmente fundamental, que la lucha entre las clases continúa, dialécticamente inversa.

La línea ya característica de la teoría comunista sobre el Estado y la revolución excluye ante todo la adaptación del mecanismo legislativo y ejecutivo del Estado burgués a la transfor-

mación socialista de las formas económicas (socialdemocratismo).

Mas excluye asi mismo la posibilidad de identificar en una breve crisis violenta la destrucción del Estado, y el cambio de las relaciones económicas tradicionales que hasta el ultimo momento ha protegido (anarquismo) o el abandono del proceso de generación de la nueva organización productiva por la acción espontánea y dispersa de los agrupamientos de productores por empresa o por oficio (sindicalismo).

Toda clase social cuyo poder ha sido derribado, incluso con el terror, sobrevive largo tiempo en el tejido del organismo social y no abandona la esperanza de revancha y los tentativos de reorganización política, de restauración violenta e incluso enmascarada. Ha pasado de clase dominante a clase vencida y dominada, pero no ha desaparecido de golpe.

El proletariado, que con la organización del comunismo desaparecerá a su vez como clase, y con el, cualquier otra clase, en el primer estadio de la época post-capitalista se organiza él mismo en clase dominante (Manifiesto). Es después de la destrucción del viejo Estado, el nuevo Estado proletario, es la dictadura del proletariado.

Para ir más allá del sistema capitalista, la primera condición era el derrocamiento del poder burgués y la destrucción de su Estado. Para la transformación social profunda y radical que se inaugura, la condición es la creación de un aparato de Estado nuevo, capaz como todo Estado histórico de emplear la fuerza y la constricción.

La presencia de un aparato semejante no caracteriza a la sociedad comunista, sino a su fase de construcción. Asegurada ésta, no existe ya más clase ni dominación de clase. Mas el órgano para la dominación de clase es el Estado y el Estado no puede ser otra cosa. Por ello el Estado proletario preconizado por los comunistas -pero cuya reivindicación no tiene efectivamente el valor de una creencia, de un absoluto, de un ideal; será un instrumento dialéctico, un arma de clase y se disolverá lentamente (Engels) a través de la misma realización de sus funciones, a medida que, en un largo proceso, la organización social se transforma de un sistema social de constricción de los hombres (como ha sido siempre a partir de la prehistoria) en una red unitaria,

científicamente construida, de ejercicio de las cosas y de las fuerzas naturales.

IV

Muchas diferencias fundamentales se presentan en el papel del Estado en relación a las clases sociales y a organizaciones colectivas, tal como se presenta en la historia de los regimenes surgidos de la revolución burguesa y como se presentará después de la victoria proletaria.

a) La ideología burguesa revolucionaria, antes de la lucha y de la victoria final, presentó su futuro Estado post-feudal no como un Estado de clase, sino como el Estado popular, fundado sobre la supresión de toda desigualdad ante la ley, aquello que se pretende corresponda a la libertad y a la igualdad de todos los miembros de la sociedad.

La teoría proletaria proclama abiertamente que su Estado futuro será un Estado de clase, esto es, un instrumento manejado, mientras que las clases existan, por una clase sola. Las otras, serán en principio no menos que de hecho, puestas fuera del Estado y de la ley. "La clase obrera, llegada al poder, no lo dividirá con ninguno" (Lenin).

b) Después de la victoria política burguesa, sobre la tradición de una campaña ideológica tenaz, se proclamarán solemnemente en los diversos países, como base y fundamento del Estado, carta constitucionales o declaraciones de principio consideradas como inmutables en el tiempo, como expresión definitiva de las reglas inmanentes en fin descubiertas de la vida social. Desde aquel momento todo el juego de las fuerzas políticas habría debido desarrollarse en el marco insalvable de estos estatutos.

El Estado proletario no se anuncia efectivamente, durante la lucha contra el régimen actual, como una realización estable y fija de un conjunto de reglas de las relaciones sociales deducidas de una investigación ideal sobre la naturaleza del hombre y de la sociedad. En el curso de su vida, el Estado obrero, evolucionará incensantemente hasta disiparse, la naturaleza de la organización social, de la asociación social, de la asociación humana, cambiará de forma radical según las modificaciones de la

técnica y las fuerzas de producción, y la naturaleza del hombre se modificará así mismo profundamente alejándose cada vez más de la del buey de trabajo y del esclavo. Proclamar una constitución codificada y permanente después de la revolución obrera es un absurdo, no puede figurar en el programa comunista: técnicamente convendrá adoptar reglas escritas que no tendrán sin embargo nada de intangibles y mantendrán un carácter "instrumental" y transitorio, prescindiendo de las burlas sobre la ética social y el derecho natural.

c) La clase capitalista victoriosa conquistado e incluso destruido el aparato feudal de poder, no dudó en emplear la fuerza del Estado para reprimir las tentativas contrarrevolucionarias y de restauración. No obstante, las medidas más resueltamente terroristas fueron justificadas como dirigidas no contra los enemigos de clase del capitalismo, sino contra los traidores del pueblo, de la nación, de la patria, de la sociedad civil, identificando todos estos conceptos vanos con el Estado mismo, y en el fondo, con el gobierno y el partido en el poder.

El proletariado vencedor sirviéndose de su Estado "para aplastar la resistencia inevitable y desesperada de la burguesía" (Lenin), golpeará a los antiguos dominadores y a sus últimos partidarios cada vez que se opongan, en la lógica defensa de sus intereses de clase, a las medias destinadas a desarraigar el privilegio económico.

Estos elementos sociales mantendrán, frente al aparato de poder, una posición extañada y pasiva, y cuando traten de salir de la pasividad que se les ha impuesto, la fuerza material los doblegará. No serán participes de ningún "contrato social", no tendrán ningún "deber legal o patriótico". Verdaderos prisioneros sociales de guerra (como del resto fueron, para la burguesía jacobina, en línea de hecho, los ex aristócratas y eclesiásticos) no tendrán nada que traicionar, porque no se les exigirá ningún ridículo juramento de lealtad.

d) Apenas disimulado por el resplandor histórico de las asambleas populares y de las convenciones democráticas, el Estado burgués dispuso inmediatamente de cuerpos armados y de una guardia de policía para la lucha interna y externa contra las fuerzas del antiguo régimen; se apresuró a sustituir la horca con la guillotina. Este aparato ejecutivo encargado de adminis-

trar la fuerza legal, tanto en el gran plano històrico como contra las violaciones aisladas de las reglas de atribuciòn y de cambio propias de la economia privatista, actúa de modo perfectamente natural contra los primeros movimientos proletarios que amenazan, aunque solo sea por instinto, las formas de producciòn burguesa. La realidad imponente del nuevo dualismo social fué cubierta por el juego del aparato "legislativo" que pretendia realizar la participaciòn de todos los ciudadanos y de todas las opiniones de partido en el Estado y en su direcciòn en un equilibrio perfecto de paz social.

El Estado proletario dotado de los caracteres manifiestos de dictadura de clase, no contendrà esta distinción entre los dos estadios, ejecutivo y legislativo del poder, que serán ejercitados por los mismos òrganos, ya que tal distinción es propia del régimen que disimula la dictadura de una clase y la pretege bajo una estructura externa policlasista y polipartidista. "La Comuna no fué una corporaciòn parlamentaria, fué un organismo de trabajo" (Marx).

e) En su forma clàsica el Estado burgués, coherente a una ideologia individualista que la funciòn teòrica extiende en la misma medida a todos los ciudadanos, reflejo mental de la realidad de la economia de propiedad privada, monopolio de una clase, no quiso admitir entre el súbdito aislado y el centro estatal legal otras organizaciones intermedias que las asambleas electivos constitucionales. Tolerò los clubs y los partidos políticos, necesarios en la fase insurreccional, por fuerza de la afirmaciòn demagògica del libre pensamiento y como simples agrupamientos confesionales y agencias electorales. En una segunda fase la realidad de la presiòn de clase obligò al Estado a tolerar las organizaciones de los intereses econòmicos, los sindicatos obreros, de los cuales desconfiaba como de un "Estado en el Estado". En fin, el sindicato se transforma, por una parte, en una forma de solidaridad adoptada por los capitalistas para sus fines de clase y por otra, el Estado emprendiò bajo el pretesto de reconocerlos legalmente, la absorciòn y la esterilizaciòn de los sindicatos obreros, privandolos de toda autonomia para impedirles su direcciòn por obra del partido revolucionario.

En el Estado proletario dado que subsisten en cuanto sobreviven empresarios, o al menos existen empresas impersonales cuyos obreros son siempre asalariados pagados en dinero -los sindicatos de los trabajadores viviràn para proteger el nivel de vida de la clase trabajadora, siendo en esta su acción paralela a la acción del partido y del Estado. Los sindicatos de las categorías no obreras serán prohibidos. En realidad, en el terreno de la distribución de los réditos con las clases no proletarias o semi-proletarias, el tratamiento del obrero podría ser amenazado por consideraciones diversas de las exigencias superiores de la lucha general revolucionaria contra el capitalismo internacional. Pero esta posibilidad, que estará largamente presente, justifica el papel de segundo orden del sindicato en relación al partido político comunista, vanguardia revolucionaria internacional, que forma un todo unitario con los partidos que luchan en los países aún capitalistas y que tienen como tal la dirección del Estado obrero.

El Estado proletario no puede ser animado más que por un solo partido, y no tiene ningún sentido que vaya más allá de la coyuntura concreta la condición que éste organice en sus rangos y reciba en las "consultas populares", vieja trampa burguesa, el apoyo de una mayoría estadística. Entre las posibilidades históricas existe la existencia de partidos políticos que parecen compuestos por proletarios pero que sufren la influencia de las tradiciones contrarrevolucionarias o de los capitalismo externos. No se puede reducir la solución de este contraste, el más peligroso de todos, a derecho formales o a consultas en el seno de una abstracta "democracia en la clase". Será esta también una crisis que habrá que liquidar en el terreno de la relación de fuerza. No existe juego estadístico que pueda asegurar la buena solución revolucionaria; esta dependerá únicamente del grado de solidez y claridad del movimiento revolucionario comunista en el mundo. A los ingenuos democráticos de hace un siglo en occidente y de hace medio siglo en el imperio zàristas tuvieron razón de contestarles que los capitalistas y los propietarios son la minoría, y que por lo tanto el único régimen verdadero de mayoría es el de los trabajadores. Si la palabra democracia significa poder de los más, los democráticos deberían ponerse de nuestra parte de clase. Mas la palabra democrática, tanto en sentido literal (poder del pue-

blo) como por el asqueroso uso que cada vez más se hace de ella, significa "poder no perteneciente a una clase, sino a todas". Por este motivo histórico, como rechazamos con Lenin la "democracia burguesa" y la "democracia en general", debemos excluir política y teóricamente la contradicción en términos de una "democracia de clase" y de una "democracia obrera".

La dictadura preconizada por el marxismo no correrá el peligro de ser confundida con las dictaduras de Hombres y grupos de hombres que hayan asumido el control gubernativo y substituyen a la clase proletaria, precisamente porque proclamará abiertamente ser necesaria en cuanto la unanimidad de su aceptación es imposible y la mayoría de los sufragios, si fuese seriamente constatable, no sería una condición a falta de la cual la dictadura tendría la ingenuidad de abdicar. A la revolución le es necesaria la dictadura, porque sería ridículo subordinarla al 100 % o al 51 %. Donde se exhiben estas cifras, la revolución ha sido traicionada.

Se concluye que el partido comunista gobernará sólo y no abandonará nunca el poder sin combatir materialmente. Esta declaración valerosa de no ceder al engaño de las cifras y de no hacer uso de ellas ayudará a luchar contra la degeneración revolucionaria.

Los sindicatos se baciaron de su razón de ser en el estadio superior del comunismo, no mercantil, no monetario, no unificacional, estadio que verá además la muerte del Estado. El partido como organización de combate será necesario mientras existan en el mundo restos de capitalismo. Podrá además tener siempre la tarea de depositario y propulsor de la doctrina social, visión general del desarrollo de las relaciones entre la sociedad humana y la naturaleza material.

V

La noción marxista de substitución de los cuerpos parlamentarios por órganos de trabajo no nos lleva siquiera a una "democracia económica" que adapte los órganos del Estado a los lugares de trabajo, a las unidades productivas o comerciales etc. eliminando de toda función representativa a los patrones supervivientes y los individuos económicos que aun disponen de propiedad. La supresión del patrón y del propietario no define más que la

mitad del socialismo; la otra mitad, y la más expresiva, consiste en la eliminación de la anarquía económica capitalista. (Marx) Cuando la nueva organización socialista surja y se engrandezca, estando el partido y el Estado revolucionario en primer plano, no se limitará a golpear solamente a los patrones y sus contra-maestros de un tiempo, sino que sobre todo se volverán a distribuir de modo efectivamente original y nuevo las tareas y las cargas sociales de los individuos.

La red de empresa y de servicios, tal como se heredará del ambiente capitalista, no podrá pues, plantearse a base de un aparato de llamada "soberanía" de delegación de poderes en el Estado e incluso en sus órganos centrales. Es precisamente la presencia del Estado uniclasista y del partido sólida y cualitativamente unitario y homogéneo lo que ofrecerá el máximo de condiciones favorables para el reordenamiento de la máquina social, guiado lo menos posible por la presión de los intereses limitados de los pequeños grupos y lo más posible por los datos generales y por su estudio científico aplicado al bienestar colectivo. Los cambios en el engranaje productivo serán enormes; baste pensar al programa de reversión de las relaciones entre ciudad y campo sobre el cual Marx y Engels han insistido tanto y que está en perfecta antítesis con la tendencia actual en todos los países conocidos.

La red adherente a los lugares de trabajo es pues una expresión insuficiente que recalca las antiguas posiciones proudhonianas y lasallianas que el marxismo se ha hechado desde hace mucho tiempo a las espaldas.

VI

La definición de los tipos de conexión con la base de los órganos del Estado de clase depende sobre todo de las aportaciones de la dialéctica histórica, y no puede ser deducida de los "principios eternos", del "derecho natural" o de una carta constitucional sagrada e inviolable. Todo detalle a este respecto no sería más que utópico. No existe un grano de utopía en Marx, dice Engels. La misma idea de la famosa delegación de poder del individuo aislado (elector) gracias a un acto platónico derivado de

la libre opinión, cuando la opinión es en realidad un reflejo de las condiciones materiales y las formas sociales, cuando el poder consiste en una intervención de fuerza física, debe ser abandonada a las brumas de la metafísica.

La caracterización negativa de la dictadura obrera está establecida netamente: burgueses y semi-burgueses no tendrán más derechos políticos; a éstos se le impedirá con la fuerza reunirse en cuerpos de intereses comunes o de agitación política; no podrán nunca a la luz del día votar, elegir o delegar a otros a no importa que "puesto" y función. Mas tampoco la relación entre trabajador, miembro reconocido y activo de la clase que tiene el poder, y el aparato estatal mantendrá e carácter ficticio y engañoso de una delegación o ser representado por un diputado, por una lista, por un partido. Delegar es, en efecto, renunciar a la posibilidad de acción directa; la pretendida función "soberana" del derecho democrático no es más que una abdicación, comúnmente en favor de un truhán.

Los miembros trabajadores de la sociedad se agruparán en organismos locales, territoriales, según la resistencia, en ciertos casos según el desplazamiento impuesto por su participación en el engranaje productivo en plena palingenesia. Gracias a su acción ininterrumpida sin intermitencias, se realizará la participación de todos los elementos sociales activos en los engranajes del aparato estatal, y por ello mismo en la gestión y el ejercicio del poder de clase. Diseñar estos engranajes antes de que la relación de la clase se haya concretamente determinado es imposible.

VII

La comuna estableció como criterios de más alta importancia (Marx, Engels, Lenin) la evocabilidad en todo momento de sus miembros y de sus funcionarios, la limitación de la merced de estos al salario obrero medio. Toda separación entre productores en la periferia y burócratas en el centro se suprime así mediante rotaciones sistemáticas. El servicio del Estado deberá dejar de ser una carrera e incluso una profesión. Es cierto que, en la práctica, estos controles crearán dificultades insuperables. ¡Lenin expresó desde hace mucho tiempo su despre-

cio por los proyectos de revolución sin dificultades!

Los conflictos inevitables no serán completamente resueltos redactando papelotes reglamentarios; constituirán un problema histórico y político, una relación real de fuerza. La revolución bolchevique no se ha parado ante la asamblea constituyente. Los consejos de obreros, campesinos y soldados habian surgido. Desde la aldea a todo el país la formación de este tipo original, aparecido ya en 1905, de órganos de Estado por estadios superpuestos de unidad de territorio, nacido en el incendio de la guerra social, no respondia a ninguno de los prejuicios sobre el "derecho de los hombre", sobre el sufragio "universal, libre, directo y secreto"!

El partido comunista desencadena y vence la guerra civil, ocupa las posiciones claves en sentido militar y social, multiplica por mil, en virtud de la conquista de establecimientos, edificios etc. sus medios de propaganda y de agitación, forma sin perder tiempo y sin fantasías judiciales o administrativas "cuerpos de obrero armados" de Lenin, la guardia roja, la policía revolucionaria. En las asambleas de los Soviets se transforma en mayoría la consigna "todo el poder a los Soviets" ¿Es esta mayoría un hecho jurídico, un hecho fría y banalmente numerico? Nada de eso. Cualquiera, espia o illuso en buena fé, que vote que el Soviet deponga o fornique el poder conquistado con la sangre de los combatientes proletarios será echado fuera a golpes de culatazos por sus compañeros de lucha. Ni se parará a calcularlo en la "minoría legal", culpable hipocresía de la que la revolución prescinde y la contrarrevolución se alimenta.

VIII

Datos históricos diversos de aquellos rusos de 1917 -caída reciente del despotismo feudal, guerra desastrosa, papel de los jefes oportunistas-podrán determinar, sobre las mismas directivas fundamentales, otras configuraciones prácticas de la red de base del Estado. Desde cuando se ha tirado tras las espaldas la utopía, el movimiento proletario asegura su propia vía y su propio éxito con la experiencia exacta del modo ac-

tual de producción, de la estructura del Estado presente y de los errores de la estrategia de la revolución proletaria, tanto en el campo de la guerra social "caliente" sobre el cual los federados de 1871 cayeron gloriosamente, como en el de la "fría" sobre el cual hemos perdido, a partir de 1917 y hasta 1926, la gran batalla de Rusia entre la internacional de Lenin y el capitalismo del mundo entero, sostenido en primera línea por la complicidad miserable de todos los oportunistas.

Los comunistas no tienen ninguna constitución codificada que proponer. Tienen un mundo de mentiras y de constituciones cristalizadas en el derecho y en la fuerza dominante que abatir. Saben que, mediante un aparato revolucionario y totalitario de fuerza y de poder, sin exclusión de medios, se luchará para impedir que los restos infames de una época de barbarie vuelvan a flote, que monstruo del privilegio social levante cabeza, hambriento de venganza y esclavitud, lanzando por milésima vez el embustero grito de libertad.

* * * * *

Los demócratas pequeñoburgueses, estos seudosocialistas que han sustituido la lucha de clases por sueños sobre la conciliación de las clases, también se han imaginado la transformación socialista de un modo soñador, no como el derrocamiento de la dominación de la clase explotadora, sino como la sumisión pacífica de la minoría a la mayoría, que habrá adquirido conciencia de su misión. Esta utopía pequeñoburguesa, que va inseparablemente unida al reconocimiento de un Estado situado por encima de las clases, ha conducido en la práctica a traicionar los intereses de las clases trabajadoras...

(Lenin) en "El Estado y la revolución"